AÑO XXXVI · Nº 1773

EL DIA

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

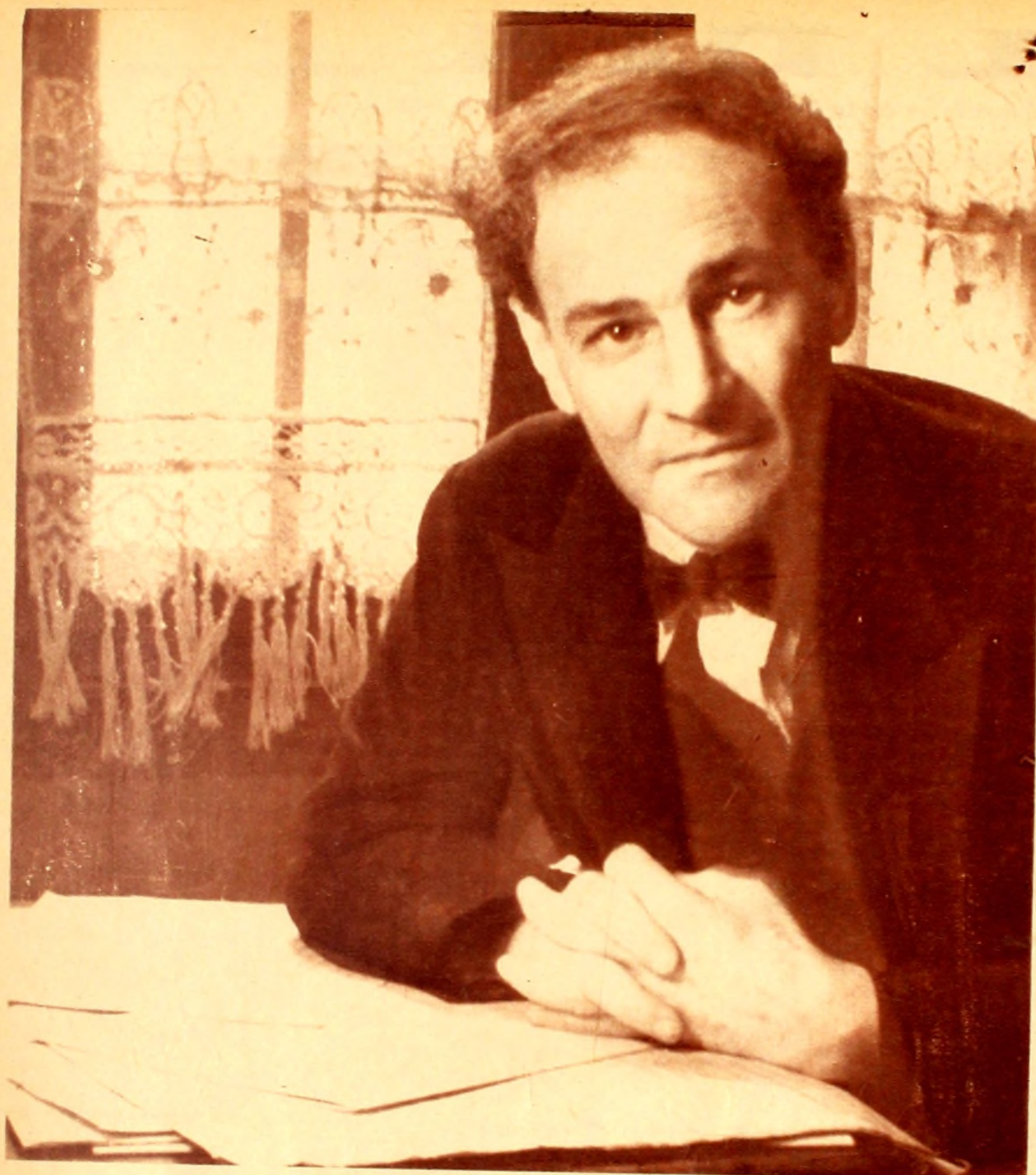
MONTEVIDEO, 8 DE ENERO DE 1967



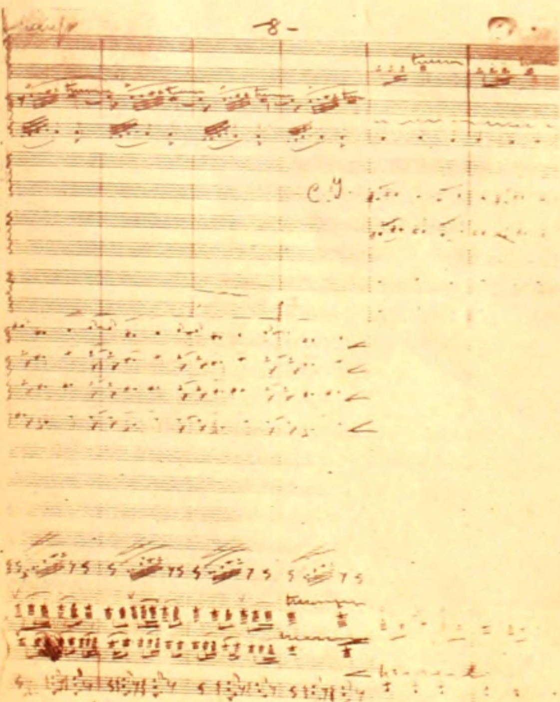
"Mañana de Reyes"

(Foto Roberto Lagarmilla)

La Naturaleza siempre fue propicia para la inspiración del más grande de nuestros músicos. En el escenario plácido que margina el arroyo Mataojo, Eduardo Fabini contempla la cámara —y al tiempo—, acompañado del argumentista del ballet infantil "Mañana de Reyes", Román Viñoly Barreto.



Eduardo Fabini ante el manuscrito de "Mañana de Reyes" en octubre de 1936 (Montevideo).



Pagina octava del manuscrito original de "Mañana de Reyes", donde se aprecia una caligrafía rápida y clara.

LA llegada de cada verano nos evoca, siempre, alguna etapa de la creación artística de Eduardo Fabini. Porque era el estío, la estación que el compositor prefería para ordenar los términos de toda nueva idea que hubiese surgido en los meses anteriores. Siendo tan madrugador como amigo de la noche (condiciones a primera vista incompatibles), el verano le ofrecía oportunidad para disfrutar de un más prolongado contacto con la Naturaleza, así como la posibilidad de trabajar hasta altas horas de la noche, sin temor a padecer ese frío que él tanto detestaba. Fue por temor al invierno, que abandonó su brillante carrera de "virtuoso" violinista. Sabía que las inevitables jiras lo obligarían a vivir (como él decía) "al revés de las golondrinas"; es decir, emigrando hacia los países donde imperaba la estación fría, tan propicia a las grandes temporadas normales de conciertos.

Recordamos también que fue en un verano (1921-22) cuando dio término a *Campo*, el más famoso de sus poemas sinfónicos. Al año siguiente escribió *La Patria Vieja*, obra que el músico prefería entre todas las suyas. En enero de 1926 terminó *La Isla de los Ceibos*. En un verano estadounidense, residiendo en Long Island (casa del violinista uruguayo Enrique Caroselli), escribió su *Fantasía* para violín y orquesta, y esbozó el trozo sinfónico que había de llevar luego el nombre de *La Melga*.

*

Pero volvamos al verano uruguayo; y más particularmente, a esa estación de lentas y sazonadas tardes: las de Solís de Mataojo, pueblo natal de Fabini. Allí, había hecho construir su pulcra casa blanca y azul; su pequeña huerta y también su rancho criollo de techo quinchado, que destinaba a dar hospedaje a sus íntimos amigos.

Los aromas silvestres, el canto de los pájaros y el trinar de los grillos parecían constituir allí el imprescindible marco para toda labor del músico de [illegible], ese indefinible complejo de colores, perfumes y sonidos constituía la esencia del tono. ¿Qué entender, aquí, por tal? Pues, lo que, en vísperas del estreno de su primera obra sinfónica, Eduardo Fabini había confiado a un periodista, en abril de 1922. Interrogado acerca de su método de trabajo, el músico se limitó a responder: "En el silencio de la noche probaba las armonías en el piano o en el armonio, y la *Naturaleza me daba el tono*" (el subrayado es nuestro).

No puede sorprender, por tanto, que lo más íntimo y trascendente de la música de Fabini, parezca ser su identificación con el paisaje uruguayo, aun cuando casi siempre se halle en posición diametralmente opuesta a toda alusión folklórica. Lo que un musicólogo tarda en definir, un hombre de tierra adentro es capaz de concretar en pocas y tajantes palabras. Y Fabini fue, ante todo y por sobre todo, un verdadero hombre de campo. Con todas sus virtudes esenciales y primarias, decantadas por el silencio, la larga observación y la distancia.

*

Este verano 1966-67 nos evoca, en particular, aquellas jornadas en las cuales Fabini dio término al que había de ser el último de sus trabajos sinfónicos de aliento: *Mañana de Reyes*, un bailable dedicado a los niños.

La obra reconocía, en verdad, un largo proceso de incubación, pues la primera idea databa de fines de 1933. Prematuramente envejecido y también decepcio-

LA ULTIMA OBRA SINFONICA DE EDUARDO FABINI

nado por los infaustos sucesos políticos que habían trastrocado las instituciones nacionales, el compositor buscaba, instintivamente, la proximidad de los niños, a quienes siempre había amado con la ternura de un abuelo. Desechando todo motivo de carácter más concreto, concibió entonces la idea de escribir una pieza orquestal bailable, en la cual cada pequeño intérprete tendría, en la ejecución, la más absoluta libertad de movimientos. Sin soñarlo siquiera, Fabini estaba planeando algo de lo que hoy llamamos "arte aleatorio". También se había anticipado, sin pensarlo, al "concretismo" contemporáneo, con los grillos y las ranitas de "Mburucuyá". Lo cierto es que Mañana de Reyes (que tal fue su título original y definitivo) iba avanzando con una lentitud sólo comparable a la de "Campo". Como Manuel de Falla, Fabini era un músico de concepción rápida, pero de realización generalmente muy lenta. En ambos artistas, la severa autocrítica obligaba a continuos retoques en cada partitura en curso. Además, había que contar prácticamente con sólo tres meses de cada año, para que tales búsquedas (en el caso de Fabini), llegasen a término. Y eso ocurría solamente durante el verano de Pueblo Solís.

*

A principios de 1936, Eduardo Fabini conoció a Román Viñoly Barreto, joven escritor uruguayo (hoy radicado en Buenos Aires) que trabajaba en la Discoteca Nacional del SODRE. Enterado del proyecto de un "ballet infantil", Viñoly decidió escribir un argumento o plan literario que sirviera de base para una coreografía. Muchos fueron los obstáculos que el joven poeta hubo de vencer; puesto que el compositor se resistía a que la actuación de los niños danzarines se viese regida por un plan estricto; lo cual contradecía la idea fundamental de espontaneidad. Durante el lluvioso invierno de 1936, Fabini y Viñoly se reunían en la residencia que el maestro tenía en Montevideo. Las jornadas no eran fructíferas. Viñoly tenía ya su plan; pero el músico se abstenía de aprobarlo, limitándose a menear melancólicamente la cabeza...

Pero vino la primavera, con su trompetería de retamas y sus acordes de madreselvas; y a ésta siguió el verano, que encendió en pleno los ceibos dispersos



Junto al compositor, aparecen Viñoly Barreto y el autor de esta nota, tal como era "in illo tempore..."

en nuestros campos. Hasta que una tarde: "¿Por que no se viene con nosotros a Solís, este fin de semana?" La invitación fue aceptada. Era en octubre de 1936; y desde esa fecha, Viñoly realizó *weekends* continuados en Pueblo Solís. Allí nos esperaba la casita blanca y azul, y las correspondientes noches en el apartado y silencioso rancho criollo. Durante las horas de sol, el poeta y el músico, vagaban por los alrededores del pueblo. Tras muchos paseos en bote, deslizándose entre las hirsutas márgenes del arroyo Mataojo, ambos artistas llegaron a un acuerdo. Aquello que los gabinetes de trabajo de la capital no habían podido lograr en muchos meses, había surgido — casi con la espontaneidad de una flor silvestre —, en aquel marco de paisaje bordeado por la Sierra de Minas.

*

Sabíamos, pues, que poco faltaba ya para que la partitura estuviese terminada; pese a que sólo era posible echarle una rápida ojeada en contados momentos. Era muy difícil, por otra parte, sorprender al músico *in fraganti labor*.

Su inexplicable pudor en su trabajo creativo, lo obligaba a cumplirlo a altas horas de la noche, cuando todos nos habíamos retirado a descansar. Sólo teníamos vagas noticias acerca de esa música, principalmente a través de las cortas interpretaciones que a su autor oíamos — en forma harto fragmentaria — cuando se sentaba ante el piano o el armonio.

Pero una mañana de enero de 1937, la partitura fue sorprendida, "en su puesto de lucha", por las primeras luces del alba. Sobre el atril del piano, ante la ventana ornada de flores violáceas, "Mañana de Reyes" — recién nacida — parecía desplegar sus alas blancas, portadoras de un mensaje de pureza para todos los niños de este ancho mundo...

*

El estreno sinfónico tuvo lugar en el Estudio Auditorio del SODRE, el 31 de julio de 1937, bajo la experta dirección del maestro italiano Lamberto Baldi. La cristalina pieza de Fabini ocupaba un humilde lugar en aquel programa, que contenía dos opulentas expresiones del Romanticismo europeo: los Conciertos para piano y orquesta Op. 54 de Schumann y Op. 23 de Chaikowsky, en los que actuaba como solista Nikolai Orloff. Esto podría explicar el escaso entusiasmo con que el público recibió la nueva obra del autor de "Campo". Los aplausos fueron ralos, tímidos, breves y casi comprometidos; como si se buscase reservar energías para aclamar al famoso pianista ruso. En cambio, la crítica periodística fue francamente favorable. Señaló, entre otras cosas, la ausencia de toda intención trascendente y de acento pasional, así como su curioso material temático, constituído por tres o cuatro temas de ronda infantil, tratados con una paleta orquestal verdaderamente rica en efectos. Tales canciones anónimas sirven de pretexto — o de elementos de enlace a fugaces pinturas de paisaje magistralmente sugerida por la orquesta —. Pese a su diferencia de carácter y origen, esas rondas adquieren tal unidad temática, que parecerían haber sido creadas de un solo trazo, y por un mismo artista. Los pasajes lentos — tan netamente fabinianos — constituyen quizá la última etapa de transfiguración del paisaje nativo. En forma casi silenciosa se deslizan hasta el corazón de una escena urbana, para crear mágicos telones de fondo.

La orquestación posee novedosos efectos, originales y a menudo inesperados. El tema de apertura se ha confiado al *requinto* (clarinete pequeño, en Mi Bemol), cuya áspera sonoridad evoca la de las cornetas, silbatos y otros instrumentos de juguete. Las cuerdas, que en tantos momentos retoman la dulzura de "Campo", mantienen en general, una acidez que parece característica del último período creador de Fabini. Lo que la crítica señala como "quincallería orquestal" (efectos de percusión, por matracas, campanillas, tambor pequeño, triángulo, sistro, etc.) es puesta al servicio de la pintura de ambiente; todo esto, dentro de una gran sobriedad de recursos. La claridad general de la instrumentación se ve felizmente unida a la solidez tonal y formal.

*

En su versión coreográfica, Mañana de Reyes subió a escena, por última vez, el 6 de agosto de 1938. Después, sólo nos queda el silencio. Inexplicable hueco de veintiocho años, en los cuales la última obra sinfónica de Fabini no consiguió ser sacada de un injusto olvido.

El hecho de que toda la obra de Fabini haya sido adquirida por el Estado (junio de 1947) ha impedido, por otra parte, que tal obra tuviese acceso a otros escenarios no oficiales.

Lo cierto es que, ateniéndonos a los resultados netos, parece increíble que, por meras complicaciones de trámite administrativo, el pueblo se vea privado de gustar una obra musical que, además de su valor intrínseco, representa el último trabajo sinfónico realizado por el más grande y representativo de los compositores nacionales.

Es, quizá, la única obra de aliento que un músico uruguayo de primera categoría, escribió para ser escuchada, cantada y bailada por los niños. Pero hoy, aquellos pequeños que tuvieron parte en la representación de 1938, son hombres ya maduros. Acaso sus hijos sepan, por tradición oral, de la existencia de "Mañana de Reyes". Los legítimos destinatarios de esa música, se ven privados ahora de ella, por obra conjunta de mecanismos legales, de la indiferencia de tantas autoridades artísticas, y del lógico desconocimiento de nuestros contemporáneos.

*

Rescatar para la comunidad, y especialmente para el enriquecimiento espiritual de nuestra infancia, la postrera obra sinfónica de Eduardo Fabini, constituye un deber ineludible; sobre todo, para quienes tienen la responsabilidad de la cultura. Esperemos que sea así; y que en este 1967, año en que "Mañana de Reyes" llega a su trigésimo aniversario, aquella blanca partitura, que una madrugada amaneció con las alas abiertas ante el teclado del piano, pueda emprender, ahora, su vuelo definitivo.

Roberto LAGARMILLA

(Especial para EL DIA)

(Fotografías del autor)

El rio Negro, cerca del Paso de Pinto, con monte marginal e isletas protegidas por vegetación.

BAGE y el curso inicial del Río Negro

NADIE ignora que el rio Negro nace en territorio brasileño, y quien haya realizado un viaje hasta Bagé por la carretera que pasa por Melo y Aceguá (prolongada luego por el Brasil), habrá reparado en la importancia que el citado rio tiene ya en el Paso de Pinto, ubicado al Sur de Bagé, y donde un puente relativamente nuevo permite el cruce. Hasta aquí el rio Negro, saliendo de las "serranías" de Santa Tecla, ha recorrido desde sus fuentes unos 35 kilómetros, y luego tiene que discurrir por otros 40 kilómetros para alcanzar la frontera uruguaya.



Puente de cemento sobre el rio Negro, en el Paso Pinto (carretera Melo a Bagé).

Con motivo del eclipse total de sol del 12 de noviembre de este año, realizamos junto con integrantes del Instituto de Profesores Artigas (profesores y alumnos) un viaje, del cual uno de los fines principales, aparte de la observación de magno acontecimiento astronómico, era la de llevar a cabo una inspección ocular de las condiciones geográficas que caracterizan el curso inicial del río Negro, y aportar materiales de estudio. Fue también una nueva oportunidad para visitar Bagé, importante aglomeración urbana de la región riograndense de "Campanha", dedicada en buena parte a la ganadería, y en menor escala a cultivos trigueros, de maíz y de otras plantas, y muy semejante por sus suelos y pasturas a la zona Nordeste del Uruguay.

El río Negro se inicia como un simple arroyuelo alimentado por lluvias, manantiales y el agua que rezuma intermitentemente de numerosos bañados situados junto a las ladèras de las alturas de Santa Tecla, parte integrante, aunque más agreste y pedregosa, del sistema de cuchillas que forman allí un rincón (cuchilla Grande, que es la misma que recorre nuestro país, y Haedo, diferente a la que caracteriza el Noroeste y Oeste de nuestro territorio). Los estratos de Santa Tecla, que son areniscas a veces fuertemente silicificadas, ofrecen localmente afloramientos cavernosos, en forma de asperezas de importancia local. Al principio fueron relegadas a los tiempos cretácicos, modificando

luego Beurlen y Sena Sobrinho ese punto de vista, pues hallaron que estaban superpuestas a sedimentos glaciares propios del Itararé, datando pues de los tiempos permocarboníferos. Además encontraron que todos estos estratos estaban superpuestos a su vez a masas de granitos y esquistos del Escudo Cristalino Gaúcho (nuestro Basamento Cristalino si nos atenemos a las homologías), sobre las cuales se levanta la ciudad de Bagé, con sus características calles onduladas, que evidencian la presencia de un basamento granítico, el que allí se eleva a 220 metros sobre el nivel del mar.

Las nacientes principales del río Negro se hallan en las proximidades de Hulha Negra, nombre que fue dado en razón de la presencia de carbón en la zona. La corriente se engrosa al recibir otros arroyos (por ejemplo, el Quebracho), "sangas" y "banhados", siendo el principal tributario el arroyo Piraí. Pajonales de paja brava (Panicum prionitis), baja estrelladora (Erianthus trinii), algunos sarandíes colorados (Cephalanthus glabratus) y ceibos o curticeiras (Erythrina crista-galli) y a veces el curupí de bañado (Sapium montevidense), se destacan en el tapiz vegetal que cubre la zona. Durante las épocas lluviosas el agua rezuma por doquier y engrosa los bañados y sangradores, los que a su vez alimentan al río, cuyo cauce, bordeado generalmente por monte franja, discurre a través de terrenos permocarboníferos cuyos integrantes se denuncian a veces por su fuerte coloración rojiza, blanquecina, amarillenta o violácea.

En el Paso de Pinto, el río Negro ya es una corriente de cierta entidad. Sus aguas son allí relativamente oscuras, tal vez por el contenido de coloides arcillosos o finísimas partículas orgánicas. Los campos que ocurren en la zona ofrecen variedad de suelos y pasturas; algunos son demasiado arenosos y otros arcillosos, recordando a los de una parte de Cerro Largo. La cría de ovinos y vacunos está muy extendida, y sólo en el municipio de Bagé, existen unas 500.000 cabezas de vacunos. El suelo zonal de pradera, de coloración negruzca o marrón oscura, a veces bastante espeso, permite el cultivo de cereales y de forrajes. En los cultivos de maíz de las zonas onduladas, la acción erosiva del agua pluvial hace verdaderos estragos.

La cabeza del municipio es la ciudad de Bagé, que ha tomado su nombre del del cacique indio Ibagé, que evoca una sangrienta historia de inútiles y despiadadas matanzas de charrúas y de otras parcialidades indias, como consecuencia del Tratado de Madrid o de la Permuta, concertado entre las cortes de España y Portugal, en 1750, y que obligaba a los pueblos de las antiguas misiones a abandonar sus lares, orden que fue resistida. Precisamente en los campos de Santa Tecla y en la cercana cuchilla de Batoví se desarrollaron los acontecimientos que terminaron con la aniquilación o la huída de los pobladores autóctonos de la zona. En desiguales combates fueron muertos famosos caciques indios como Sepé, Caitetú, y gran número de sus parciales.

Otros sangrientos sucesos empañaron la historia de Bagé que existe desde principios del siglo XIX, habiendo sido elevada al rango de villa en 1846, y de ciudad en 1859, contando actualmente con unos 45.000 habitantes, habiendo otro tanto de pobladores en las restantes tierras del municipio, lindantes al Sudoeste con nuestros departamentos de Rivera y de Cerro Largo. Bagé dista por carretera unos 520 kilómetros de Montevideo. Constituye un centro regional y administrativo, cumpliendo una función comercial destacada en la "Campanha" gaúcha (función bancaria, distribución de artículos industriales, alimenticios, etc. y compra de productos pecuarios, etc.). Todavía subsiste la actividad de las "charqueadas" complementada por la de los frigoríficos; además hay fábricas de ladrillos, jabones, bebidas, hornos de cal y otras actividades industriales. En la zona de Candiota, dentro del municipio existe el carbón, que ha sido explotado. La abundancia de buenas arcillas puede servir de base a futuras industrias. En el campo las estructuras agrarias tradicionales frenan el progreso; con todo se nota gradualmente algunas mejoras en la tecnificación y la reducción de los latifundios.

Las tres cuartas partes del área del municipio de Bagé, extenso de algo más de 7.000 kms. cuadrados, pertenece a la cuenca del río Negro. (Se trata de una superficie mayor que la del departamento de Canelones). De todas maneras no se trata de un área tan vasta como para hacer temer que las grandes lluvias que suelen caer en territorio brasileño sean las responsables de las crecientes de nuestro río. Es así que en 1959, la responsabilidad de las inundaciones se debió en gran parte a las lluvias caídas en nuestro propio país.

Jorge **CHEBATAROFF**

(Especial para EL DIA)

(Fotografías del autor)



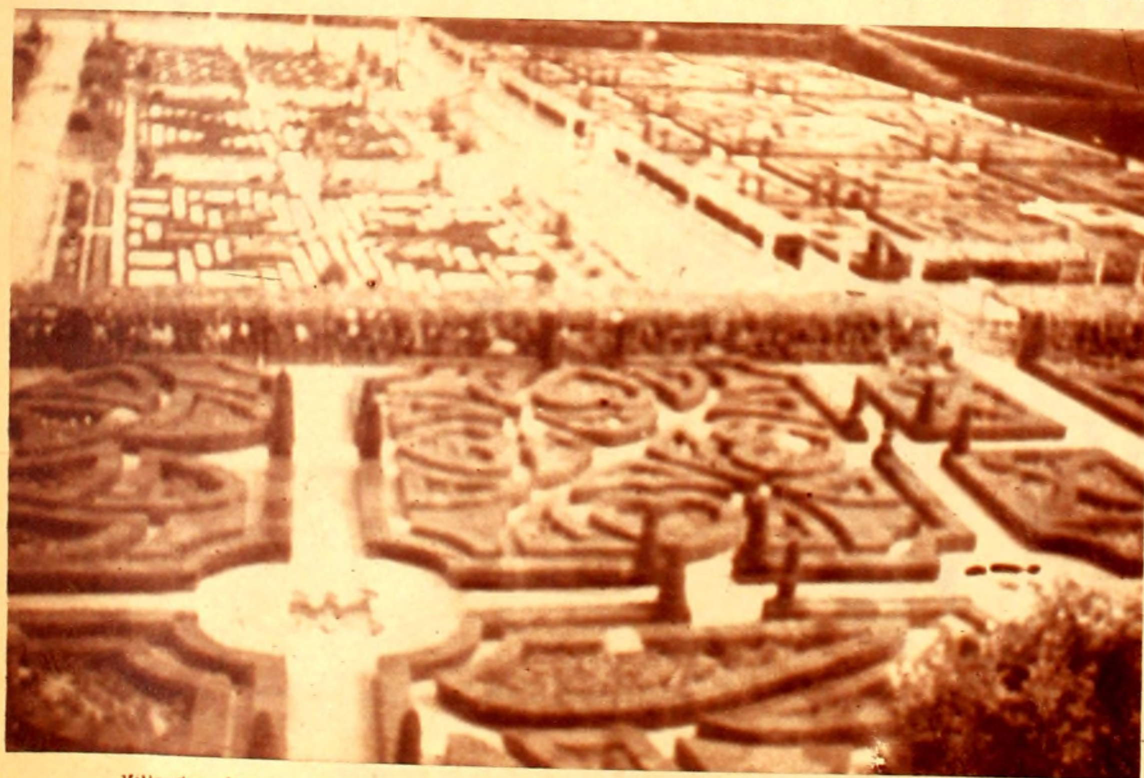
Estudiantes del Instituto de Profesores, haciendo colección de material de estudio en Santa Tecla.

Profesores, alumnos y periodistas empeñados en registrar las fases del eclipse total de sol del 12 de noviembre.

Castillo de Chaumont, larga historia de luchas, pero perdura aun el emblema de Diabe de Poitiers, dos D entrelezadas, o el arco, atributo de la Diana Cazadora.

UN RINCON DE FRANCIA

EL VALLE DEL LOIRE Y SUS CASTILLOS



Villandry, frescura de jardines entre canales, sus canteros representan diversas formas del amor.

"SEGUID las rosas"... Así anuncia un pequeño cartel la entrada al romántico Castillo de Talcy, por un angosto sendero bordeado de macizos de rosas, que alternan en colores blanco, rojo, rosa y amarillo...

París-Orleans. Salimos por la Porte d'Italie, atravesando Villas con sus arcos ovales, obra del siglo XIV, e iglesias edificadas entre los siglos XII y XV, para llegar al bosque de Fontainebleau, riqueza natural de Francia con sus grutas y sus pintorescos peñascales, su esplendoroso Palacio real que resume varios siglos de la historia de Francia; patio del Caballo Blanco y más tarde Patio de los Adioses, donde Napoleón se despidió de la vieja guardia antes de embarcar para la Isla de Elba...

Nemours, con sus castillos e iglesias donde se mezclan los estilos gótico y renacentista; Montargis, dejando de lado las ruinas feudales de Châteaurenard; Chatillon-Coligny, patria del almirante Coligny, donde sólo quedan ruinas de lo que fue su Castillo; Gien, última etapa para llegar al fin a Orléans, bañada por el Loire, que sabe embellecerla, haciéndonos penetrar en un país de rosales de colores suaves y delicado perfume...

"Valle del Loire, de Castillos sembrados como si formaran una procesión, y en la majestad de las mañanas y de las tardes, el Loire y sus valles se deslizan por angostos senderos; ciento veinte Castillos forman una fila de cortesía, más finos que Palacios: Talcy, Chambord, Blois, Chaumont, Amboise, Villandry, Ayaz-le-Rideau, Chenonceaux, Pèguy...

Dominando la llanura de dorados campos de trigo y de avena, se elevan campanarios en sus Catedrales, y Jeanne d'Arc domina la Catedral y la llanura sobre el trigo y la avena, desde lo alto de su gloria, pequeña joven llegada en su pesada coraza y en su gran caballo, a dar coraje a los habitantes de Orléans y acompañarlos hacia la victoria. Las heridas de guerra no han marcado de amargura o de melancolía el encanto de estas regiones: Meung, Mer, Beaugency, la villa más francesa de Francia, sólida confianza que se manifiesta en sus casas construídas con materiales de larga duración siguiendo la tradición; horas dulces para los que no pedimos ni mucho ni poco... pero llegando al Castillo de Blois, nos asombra que en este país tan apacible,

en la misma habitación del rey Enrique III, éste haya hecho asesinar al duque de Guise... Bello Castillo de la Edad Media, llama la atención su magnífica escalera Francisco I, cuya arquitectura y escultura fue concebida para recepciones a gran espectáculo y se sube por una especie de jaula octogonal, que al frente forma una especie de tribunas donde la corte asistía a la llegada de grandes personajes. Los atributos reales que figuran sobre los muros y sobre las chimeneas: el puerco-espín, la salamandra, el armiño, son los motivos comunes del renacimiento. Sala de los Estados Generales, donde triunfó la moda italiana en la decoración, historia del poeta Carlos de Orléans, de María de Médicis relegada cautiva por su hijo Luis XIII, el pabellón de Ana de Bretaña, y algo más lejos, la iglesia de St. Sauveur donde Juana de Arco, en ruta hacia Orléans, hizo bendecir su estandarte... Talcy, castillo donde emana la dulzura, a pesar de su aspecto severo; edificado por un rico florentino, Bernard Salviati, primo de Catalina de Médicis familia célebre en la historia literaria: Bernard fue el padre de Cassandre a quien Ronsard consagró tantos sonetos, y de Jean, cuya hija, Diana, inspiró en sus versos a Agrippa d'Aubigné. La hija de Cassandre, contó en su descendencia al gran poeta Alfred de Musset.

Historia interminable, que abandonamos para dar un paseo por el Castillo: en el patio, dos obras de arte, el palomar, que aún conserva sus 1.500 alvéolos donde las palomas tenían salida hacia afuera, y una escalera giratoria de madera, para recorrer este gran palomar; cerca de la entrada, en el primer patio, la gran prensa que aún funciona después de 400 años de uso, maquinaria cuidadosamente equilibrada que con sólo dos hombres, se pueden obtener diez barriles de jugo. Un hermoso pozo, que armoniza en gris y claro con las paredes del Castillo, típico estilo del 1500. Un bello mobiliario de los siglos XVI-XVIII, es el adorno que se conserva intacto, frente a la austeridad de las salas feudales. Sus jardines, detrás de una gran portada de hierro, nos recuerda París: en el centro, una especie de pequeño arco de triunfo, del que parten senderos que semejan a la estrella de las grandes avenidas.

Chambord, nuestra mirada se pierde en el esplendor de una selva de chimeneas y especie de campanarios, en lo gigantesco, se asemeja a Versailles, su masa blanca que oscurecen los árboles que lo rodean, produce una impresión profunda al atardecer. Permanencia de reyes, bajo Luis XIV, Moliére crea "Monsieur de Pourceaugnac" y "Le Bourgeois Gentilhomme". Circundado por un muro de 32 kms., hoy es Parque Nacional de Ganadería, se penetra por seis grandes puertas. Desde niños, los reyes fueron apasionados cazadores. Se entra por la puerta Real, y a la derecha, la sala de recepción donde están reunidos los documentos que nos dicen de la historia de este Castillo. Apenas restos de su esplendor en mobiliario, recuerdos del conde de Chambord: sus carrozas preparadas para su entrada a París, el trono, tapicería. Un retrato de Ana de Austria, hasta llegar a la Capilla, con sus vitraux renacimiento.

Villandry, uno de los más admirables Castillos por sus terrazas, sus canales y sus jardines célebres. El Museo nos presenta telas de Goya, Herrera, Zurbarán: techo hispano-morisco. Sobre las terrazas, se domina, de un lado, el valle y del otro los jardines a la francesa; los canteros dispuestos con una simetría incomparable, simbolizan el amor tierno, apasionado, loco, en armoniosas tonalidades de verde en forma de corazones, circundados de flores de colores suaves y vivos. Carlos VIII lo habitó, y contribuyó a embellecerlo.

Chaumont y Amboise, Castillos que tienen su historia de largas luchas, de sitios; por todos lados el emblema de Diana de Poitiers, dos D entrelazadas... Un pozo, verdaderos arabescos estilo español, llama de pronto la atención. Ayaz-le Rideau, paisaje de agua y verde, semejante a Chenonceaux por su elegancia. Pero Vouvray nos espera, encantamiento de acantilados florecidos, es la Francia que sonríe saludando al viajero. No podemos depar de detenernos a la partida, en



Pozo de un castillo del Loire, verdaderos arabescos que nos recuerdan un patio español.

Saint-Cyr, florecida paz de humanismo, donde Anatole France ha vivido, donde murió, y donde su recuerdo es conservado para la eternidad...

Valle del Loire, se diría que el río antes de perderse en las aguas amargas del Océano, trata de disiparse, de dividirse en brazos para envolver las islas que él circunda. Cada casa de este extremo de un mundo, parece una "casa que piensa...".

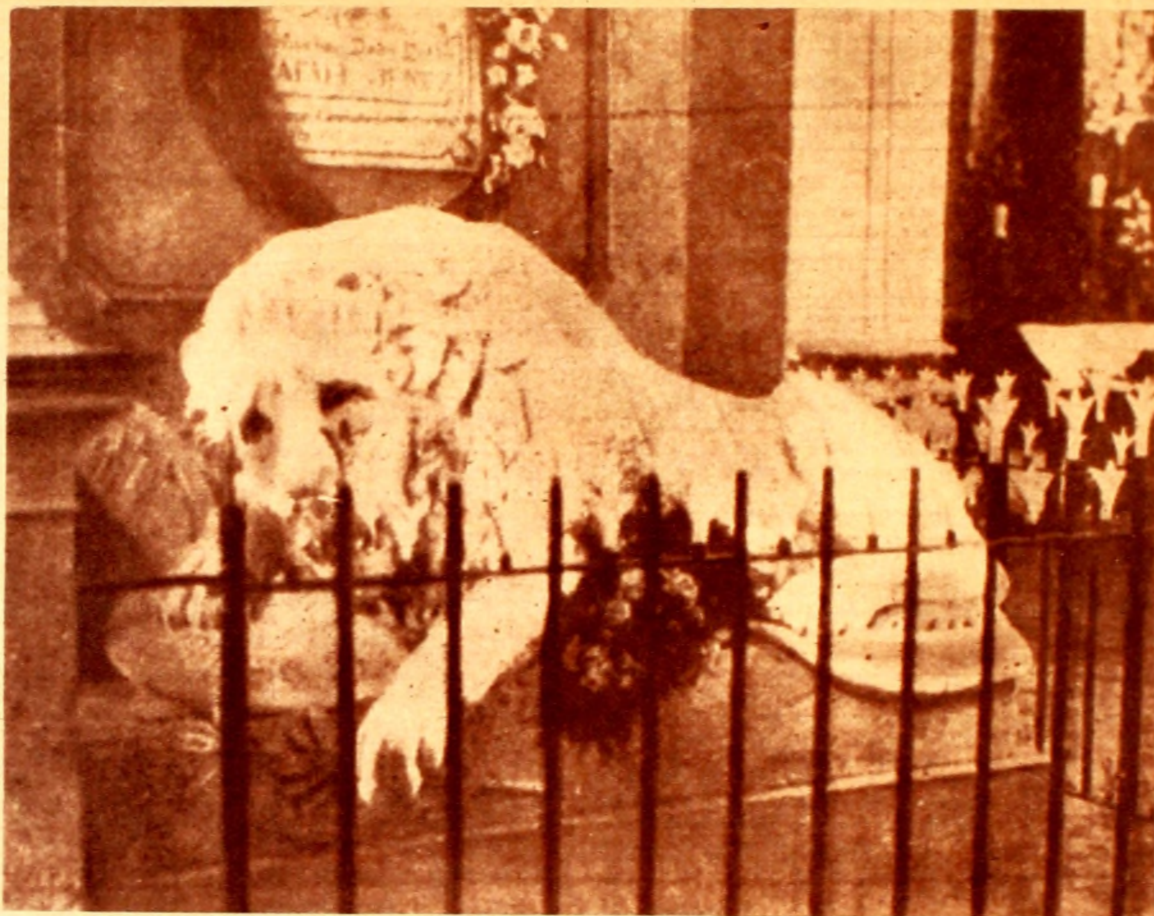
Nivia PINTOS

(Especial para EL DIA)

Valencay. Castillo adquirido por Talleyrand, personaje que comenzó su carrera bajo Luis XVI, guarda su mobiliario estilo Imperio.



La catedral de León, en Nicaragua, donde fue bautizado Darío hace cien años, y donde hoy descansan sus restos mortales.



Bajo este león simbólico que custodia el mausoleo, sepultado el "Cisne de Nicaragua".

1867 — EL CENTENARIO DE RUBEN DARIO — 1967

"PADRE y maestro mágico", nacido en una oscura aldea de Centroamérica para irradiar sobre las Repúblicas de habla hispana de uno y otro lado del Océano el destello enceguecedor de su genio, Rubén Darío mantiene su poderosa vigencia en la gran poesía de nuestra lengua, por encima de escuelas, de modas y de épocas.

No ha habido hasta hoy mayor solemnidad en las letras del continente, desde que éste nació a la vida de la inteligencia y la cultura, que el centenario del nacimiento que la Hispanidad se apronta a celebrar como si oficiara ante el altar de uno de los dioses mayores de la raza, el próximo 18 de enero.

Muy lejos y muy cerca, "y muy antiguo y muy moderno", el nicaragüense empina su áurea leyenda y obliga a la pausa de las revisiones, bajo el haz de luz de los cien años que median desde su advenimiento al mundo, a ese vivir que no tuvo para él las ensoñadas "rosas frescas" de la dicha, aunque sí la torturante majestad de la gloria —hasta el presente, testigo de tantos cambios en el gusto y la sensibilidad de las generaciones que le sucedieron—. Su indemne grandeza, ya carne de apoteosis, está fuera de toda discusión como la que pudo suscitarse en otra época en torno de su obra, y no cabría el análisis sino para reiteración de sus valores, aun dejando de lado lo efímero y marchitable de su creación.

Un siglo ha pasado desde el día en que vio Darío la luz de la existencia, en mitad del viaje traqueteado de una carreta tirada por dos bueyes, rumbo a Metapa. En pleno campo, ante la acongojada tía Josefa que había ido a buscar a la joven madre, al azorado carretero, y al amparo de las dos bestias mansas que dan a la evocación aire de viejo Pesebre. Algo de bíblico ronda sus sienes desde el comienzo: llegado al mundo en un medio agreste, entre gentes sencillas y en una carreta humilde, vivió su primera noche bajo el cielo estrellado de su trópico, junto al buey que vio en su niñez *"echando vaho un día / bajo el nicaragüense sol de encendidos oros"*, como si la maravilla de la nocturna grandeza americana se hubiera inclinado hasta el pecho del recién nacido para hadarlo con el don taumatúrgico, el más viejo del mundo que conmovió al primer hombre que reverenció a los astros, y que un día le hará jactarse con razón de *"esta América nuestra que tenía poetas / desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl"*.

Cuando, muy temprano, el verso sea en él una candente e irrenunciable revelación, otro presagio acompañará su infancia. Doña Bernarda, que reemplazó para el niño el amparo materno, preocupada por las ausencias de éste a la tienda donde le buscó un empleo que contrarrestara su visible vocación tan poco práctica, de poeta en cierne, después de averiguar por él en todo el pueblo, solía irse a sentar bajo la copa de un enorme jícaro, en el patio de la casa, a la espera del rebelde que no aparecía. Hasta que un día un rumor de hojas —que podríamos asociar a las voces misteriosas con que Apolo se manifestaba en la encina de Dodona— le hizo descubrir el escondite. ¡Trepado entre las altas ramas, cuaderno y lápiz en mano, enredadas las hojas en su cabello, aureolado de gajos verdes, como un vaticinio de laureles, mostrábase el aindiado rostro del muchacho como un antiguo poeta de la Hélade!

Todo en su vida fue el contraluz de la apoteosis y la miseria, la grandeza lírica y la desdicha humana, el fulgor del triunfo y la sórdida y desencontrada realidad, el anhelo de encumbramiento social y la existencia sacudida de desilusiones y quebrantos, el rama-



Al áspero recuesto de la Sierra de Grodos, Navalsaúz, despliega su panorama apacible. Allí fue un día el poeta en romería, allí volvió a pasar algunas temporadas, allí está el sepulcro de "Phocas el Campesino".

ó de la visión dorada de un mundo de princesas ruiseñores, y la doméstica y opaca rutina de una a privada irregular que no podía saciar su sed de- sto ni sus visiones de "cosas imperiales". Su este- smo fundamental, la orfebrería con que enjoyó el oma, estuvieron en Darío por encima de lo humano. gran pasión, el sumo amor de su vida, fue su arte. amores de hombre no pudieron rivalizar nunca esa apasionada entrega de su genialidad, ni le rtaron de la excluyente liturgia que significó la esía para él. Si fue en su mocedad *"todo ansia, todo lor, sensación pura / y vigor natural"*, jamás el re- lino interior se proyectó en su verso de un modo no reflejara la más alta, depurada y acendrada ocupación estética: *"mi intelecto libré de pensar io, / bañó el agua castalia el alma mía, / peregrinó corazón, y trajo / de la sagrada selva la armonía".* i reside, explicación y clave, su verdad: peregrinó corazón, se espinó en las zarzas del mundo, no des- oció tribulación ni adversidad, sufrió caídas y pa- ció humillaciones, pero el ser magullado y triste que el rostro feo de la vida, purificando el sufrimiento haciendo del padecer, crisol, libró su pena en la este armonía, en el canto imperecedero, dueño eter- del "alba de oro".

De uno a otro extremo, la Hispanidad se estre- ció con los ritmos nuevos que renovaron una lengua remozaba su sabor de vieja solera del huerto del ipreste. Peregrinó tras la armonía, regresó del fondo muchos abismos alzando en la mano victoriosa, el lazgo melódico "que de la flauta fluye", compitió Pan y con Dionisos, entró desnudo en el "bosque al" donde "la eterna vida sus semillas siembra". Fue siempre Darío un niño iluso y perdido, un onauta de imposibles vellocinos, cisne salpicado por lodos profanos, oficiando, desde la "misa rosa de juventud", en altares equivocados, víctima de sí mo, de la carne y el demonio, pero seguro de su este oficio, supremo señor de la poesía hispanoame- ana; más aún cuando fue dejando las pánicas sirin- , para poner oído y corazón atentos a los melodio- pájaros criollos — olvidando un poco bulbules y emores — y al paisaje entrañable de su América ia, en el habitual retorno de los hombres cansados amor inicial. Abandonada "la locura armoniosa de año", por la ineluctable acción de la hora que pasa, vos acentos desgarrados arrancaron la antigua tú- a, dejando ver la laceradura del corazón desnudo, que evoque con nostalgia *"aquel templo de mármol, a gruta / donde mordí aquel seno dulce como una ta".* El "griego antiguo" que descansó un día en las yas mallorquinas, vuelve a América en el triste vencimiento de ir en busca del cementerio natal, a circunstancia cerrará su biografía como en una ábola. De América salió hacia la lucha, el triunfo, la pena, la gloria, para volver al regazo de América a cerrar sus ojos bajo el mismo cielo de Nicaragua que acunó su primera noche bajo las constelaciones. Un león de mármol custodia hoy su mausoleo, en el atrio de la misma catedral de León donde le bautizaran. Ahí duerme el autor de un puñado de poemas inmorta- les, inmortal él mismo, soñando con un edén pagano de "púberes canéforas" que han puesto sobre sus invi- sibles sienes, el laurel y la rosa de las consagraciones.



la casa humilde de Navalsaúz, donde vivió Francisca nchez, estuvo guardado, durante cuatro décadas, el valioso acervo del archivo dariano.

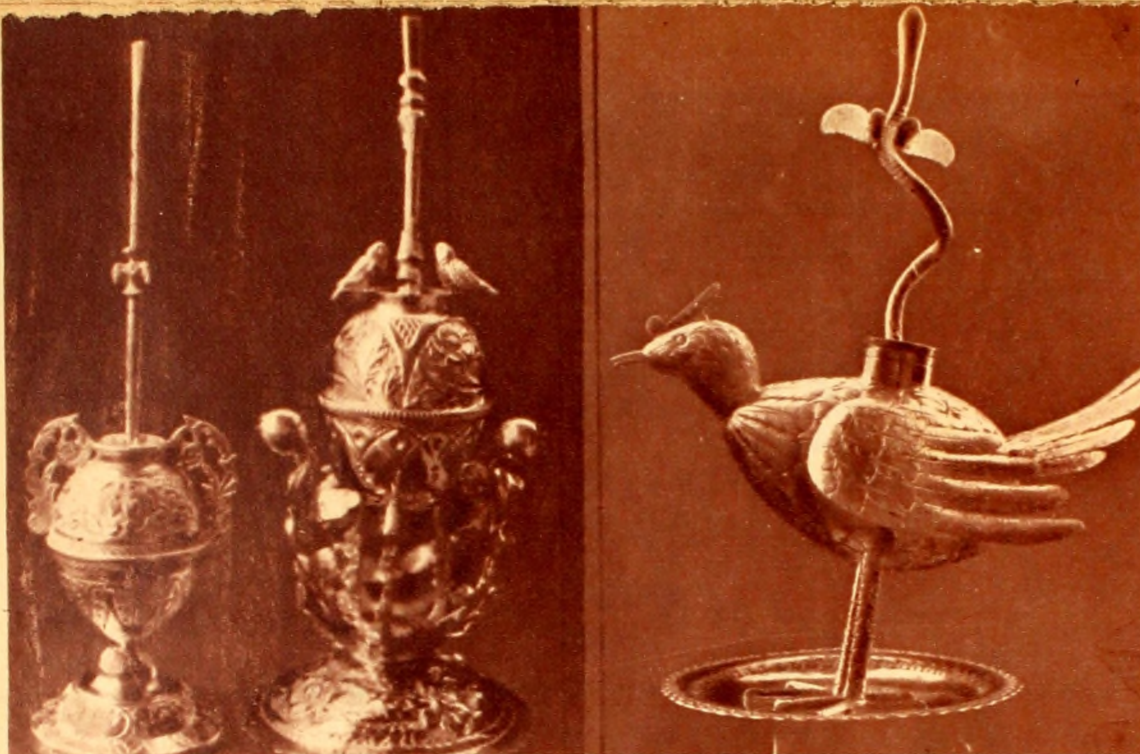
Rubén Darío, en Guatemala, en 1915.

Y para todas las gentes de nuestra lengua; para nosotros, americanos, en especial, reviste gravedad tras- cendente el centenario de Rubén Darío, como una de las máximas celebraciones que exaltan el espíritu del continente y, al modo antiguo, pudiéramos elevar uno de aquellos arcos triunfales que se dedicaban a los héroes, en donde se esculpiera este verso del poeta y estas palabras anónimas:

"Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania
[fecunda":
con Darío, América engrandeció el legado de
[la estirpe.

Dora Isella **RUSSELL**

(Especial para EL DIA)



Mates y bombillas de plata labrada. Los dos primeros para "novios", el primero, por tener un motivo de corazones labrados y una paloma en la bombilla; el segundo, por las dos parejas de periquitos inseparables. El tercero es un raro ejemplar de los llamados "de pajarito" adoptando la forma de gallito: su bombilla es una serpiente alada. Este mate tiene también base como bandejita para bizcochos. (Colección Octavio C. Assuncao).

"EL MATE"
EN LAS ARTES POPULARES

EN un artículo anterior señalamos que, la más cabal trascendencia cultural del mate, desde el punto de vista objetivo, radicaba, no en sus esporádicas apariciones en las artes nacionales, sino en las artesanías que, para la construcción o embellecimiento del recipiente y la bombilla, se fueron desarrollando y perfeccionando.

Arte popular milenario, el de la utilización de los frutos de la "lagenaria vulgaris" (la calabacera), que se criaba naturalmente en los húmedos y fértiles valles andinos y las llanuras selváticas adyacentes al imperio del Perú.

Los incas la dieron desde remotos tiempos para los más diversos usos: las más pequeñas como vasos, recipientes para coca o sonajeros para sus hijos; las gigantescas como fuentes, tinajas, elementos de navegación y, hasta urnas funerarias.

Tan populares se hicieron los "matis" o "purus", que bien pueden considerarse elemento material básico en múltiples expresiones de la cultura peruana precolombina. Sus formas suaves, rotundas y llenas; sus lisas y tersas superficies, son, sin dudas, el modelo ancestral de la cerámica y los populares "huacos".

El burilado, el pirograbado y el pictograbado de su epidermis de tenue brillo y suavidad femenil con reflejos naturales de bronce viejo, como el cuerpo escultórico de aquellas vestales nativas del culto del sol, fue arte en el cual llegaron a bellísimas expresiones os artesanos del viejo imperio de los Incas. Las rituales "poncheras" para la dorada chicha, en cuyo seno flotaba el vasillo para las libaciones llamado "el cojudito"; por el sentido mágico y ritual que se daba a estas libaciones que atraían a los espíritus y comunicaba en el más allá, transportando a las almas a los reinos de lo desconocido y lo fantástico en los sueños de la embriaguez, fueron particular objeto de expresión artística y de inspiración decorativa; así como los referidos vasos, a veces no mucho mayores que un dedal. A los coloridos nacarados y tornasolados; a los esculpidos y burilados, sutiles y afiligranados, se unieron las chapas de áureo y argéntico metal, también primorosamente labradas y las incrustaciones de piedras de color.

El encuentro (precolombino o no) de las dos grandes culturas, la música y la guaranítica, unió dos elementos que parecían estar aguardando esa hora para maridarse para siempre: la calabaza "mate" y la yerba (el fruto seco de la "lagenaria" con las hojas tostadas y en infusión del "ilex paraguarensis). Y de este modo, la importancia que el carácter mágico del contenido — chicha — había dado a la artística calabaza que la contenía, se transfirió, al nuevo continente de la infusión de yerba, a poco que se supo de las virtudes mágicas atribuídas por los guaraníes al "cáa" de los "payés". Así los "mates" recibieron la antigua y directa herencia de aquella estupenda artesanía peruana dedicada a su embellecimiento y decoración.

Incluso, desde aquellos lejanos tiempos, se sabía cómo modificar las formas del fruto verde en crecimiento para luego aprovecharlas artísticamente al confeccionar las vasijas y recipientes. (Lo que repitieron mucho más tarde nuestros paisanos con tientos y nuestros plateros con hilos de oro). Pero aunque, hemos visto, la aplicación de metales preciosos a las calabazas secas, es de añeja tradición indígena peruana, sólo la llegada de los primeros plateros ibéricos, (particularmente portugueses) a la capital indiana — Buenos Aires — primero y luego a la Colonia y Montevideo, habrá de jerarquizar y definir la presencia del mate en la naciente platería criolla. En efecto aquellos maestros plateros lusitanos, cuyo arte se vinculaba en su país de origen, fundamentalmente al culto de lo religioso y sus ornamentos, al descubrir la importancia cultural del mate en el Río de la Plata, ya en los siglos XVII y XVIII, habrían de aplicar esas formas que traían a la fabricación de "mates", todos de plata, o con el conocimiento de la artesanía incaica, chapas de metal precioso sobre las calabazas.

Surgieron así los mates enteramente de plata con las conocidas formas de "cálices" y "copones", o los de calabaza con chapas, pero no rechonchos y bajos, sino situados sobre pies, trípodes, que recordaban imensarios, candelabros, etc.

Pero si en la confección se unieron el saber de la platería autóctona y la europea (fundamentalmente lusitana), también se hibridaron en el sentido decorativo. A los motivos de flores, a los cuernos de abundancia, a las "palomas", los "gallos" y los signos latinos, se unieron las serpientes, los símbolos geométricos, los perfiles de felinos y de aves rapaces y nocturnas, de origen incaico. Remitimos al lector interesado a los artículos que sobre platería criolla viene publicando en este Suplemento el señor Carlos Besabe Castellanos.

El tiempo va cambiando las cosas y las apetencias humanas, y si la madera y a veces los "cocos" o hasta los materiales cerámicos, sustituyeron a las calabazas; en la cultura vacuna de nuestra área platense "la guampa", usada para tantos otros usos, también la suplantó en ocasiones, no sin conservar las expresiones artísticas del coloreado y el burilado.

También los metales preciosos fueron sustituídos, para el consumo popular, por los metales "blancos" o el peltre y, no mucho después de la independencia, las fábricas europeas de porcelanas, y lozas, especialmente de Francia, Alemania e Inglaterra, fabricaron hermosos mates de esos materiales, que evocaban en sus formas a las antiguas y regordetas calabazas o a los espigados "cálices", pero decorados con los románticos motivos más o menos "rococó", típicos de la época. Los hubo con dorado, guirnaldas, flores, hermosas cabezas femeninas, angelitos, etc., y hasta con retratos, escudos y vistas o paisajes de las ciudades rioplatenses.

La imaginación de los fabricantes llegó incluso a la producción, no industrial, de hermosos, aunque poco útiles, mates de cristal (murano, bacarat, etc.).

Antecesores ricos, de lo que la necesidad y la pérdida de las tradiciones más auténticas, en los medios urbanos de la orilla platense realizó: vasos y hasta tazas, de vidrio o de loza, oficiando de recipientes para la infusión.

A modo de colofón y como sincero recuerdo para todos aquellos que, circunstancialmente lejados del patrio suelo, sienten las saudades del mate (quizás ninguna experiencia sensorial más cercana al significado de esa bella palabra portuguesa que el sabor áspero y sabroso, amargo y dulzón a la vez, excitante y calmante de nuestra bebida nacional). Aquellos que han residido o residen en lugares donde es tan difícil encontrar la yerba, como p. ej., en los países de la vieja Europa, vamos a darles, escogida de entre tantos cientos como hay conocidas, una anécdota sobre el tema, que se nos ocurre casi ignorada para los más.

Debemos su conocimiento a la publicación de estos artículos y, a la gentileza de nuestro buen amigo y compañero de rueda rotaria Don Rafael M. Braceras.

Nos decía que siendo bachiller en Alemania, al estallar la gran guerra y producirse la ruptura de relaciones por parte de Inglaterra a quien los alemanes consideraban como obligada "neutral" por sus antiguas rencillas con Francia, y por su parentesco racial y hasta de casas reinantes, con los germanos; esto aparejó una gran desilusión en Alemania y una reacción nacionalista de harta violencia que tuvo su expresión más popular en el hecho de que, al saludarse dos alemanes lo hacían con la ritual frase: Dios castigue a Inglaterra.

Bien, en esa época era muy grande el consumo de té en Alemania, y éste, por más asiático que fuera, provenía de Inglaterra o de sus dominios. Entonces las autoridades alemanas promovieron una gran campaña sobre estas bases: No tome té de la traición, tome té neutral, tome mate del Brasil. Claro que ese té-mate, dejó de ser neutral cuando Brasil declaró la guerra a Alemania y entonces pasó a ser té-mate del Paraguay.

La pregunta surge sola, ¿cómo es que en Alemania había por aquel entonces yerba suficiente como para substituir al gran consumo de té y con una campaña de promoción? Es que, en aquellos tiempos en Chile todavía se consumía mucho mate y la yerba de origen brasileño, era comerciada por barcos alemanes acopiándola en Hamburgo, para luego reembarcarla al país trasandino.

Qué alegría para aquellos estudiantes uruguayos, como nos decía nuestro informante, cuando, en medio de la angustia de no poder regresar a la patria y viviendo en un país en guerra, por lo menos podían matar esas difíciles horas, hoy lejanas, con el fiel "amargo", que era como un anticipo y un mensaje de todo lo querido que tanto se anhelaba reveer. Casi como algo del hogar...



Mates de porcelana (preferidos para tomar "mate de leche") de fabricación europea. El primero y tercero con base para poner bizcochitos. El segundo de los llamados de "angelito". El cuarto y quinto con hermosas cabezas femeninas. (Colección Octavio C. Assuncao).

El templo de la misión: paredes deslumbrantes de blanco y flores coloridas trepando por las paredes.

POR LAS HUELLAS DE FRAY JUNIPERO SERRA

VISITAR California es revivir la obra y la influencia de España ejercida durante tres siglos. Los nombres de sus ciudades: Santa Bárbara, Los Angeles, etc. y la nomenclatura de sus calles: Sacramento, San Miguel, Santa Inés, etc., en esta inverosímil metrópoli del Pacífico que es San Francisco con su bahía de aguas verdes cruzada por puentes colgantes, marcada por la isla de Alcatraz de secular historia, con la colonia china más numerosa de todas las ciudades de los Estados Unidos de América apiñada en comercios atestados con la producción más exótica del Asia, no han podido borrar las huellas de la profunda penetración hispánica en esta tierra prodigiosa.

Remontando las tierras de California, los frayles de la Orden de San Francisco de Assis catequizaron a los indígenas y fundaron numerosas misiones a lo largo de la costa del Pacífico. Entre ellos se distinguió por su obra de incansable promotor, Fray Junípero Serra, actuando activa y eficazmente en el último tercio del siglo XVIII.

Hubiéramos deseado visitar todas estas misiones, pero habríamos necesitado de un tiempo muy superior a nuestras posibilidades. Las distancias son enormes y aunque hubiésemos empleado los medios modernos de transporte, la visita nos habría demandado semanas y fatiga. Teníamos al alcance de nuestros medios la misión de San Francisco de Assis, llamada comunmente Misión Dolores, fundada en 1776, en el valle extendido entre el océano y las montañas. El vertiginoso crecimiento de la ciudad de San Francisco, sobre todo a partir de la reconstrucción operada luego del sismo e incendio que la destruyó casi totalmente en 1906 y acelerado con el advenimiento de los Estados Unidos de América a potencia de primera línea, absorbió el valle y se trepó a las colinas a punto que es un prodigio caminar hoy por las calles de la parte nueva y subirlas en auto. Sólo recordando el camino que sube a la cumbre del cerro de Montevideo y multiplicando por cien en números de calles se tendrá una idea de la urbanización de esta ciudad.

La misión de San Francisco de Assis vino a quedar enclavada, entonces, en la parte central y más plana, rodeada de edificación moderna. Anuque no deprimida aún por los rascacielos que por docenas levantan ya su mole en lugares no muy lejanos. Con todo, la moderna basílica construída al lado, con sus altas torres en estilo barroco en armonía con su portal y cuerpo central, ponen en relieve, por contraste, la vieja iglesia franciscana de frente austero, proporcionado y gracioso que por un milagro pudo sobrevivir a la mencionada hecatombe de 1906.

San Francisco de Assis fue la sexta misión establecida por Fray Junípero Serra en la Alta California, y se fundó el 29 de junio de 1776, o sea cinco días antes de la declaratoria de la independencia de los Estados Unidos de América. Fue habilitado formalmente al culto el 8 de octubre del mismo año y según consta en los viejos libros parroquiales, de tinta parda e infolios amarillentos, el primer matrimonio celebrado en la iglesia se realizó el 7 de enero de 1777 y el primer bautismo de un niño tuvo lugar en agosto de 1776 y el primer indio converso que recibió el agua bautismal, el 24 de junio de 1777.

La iglesia, de una sola nave, tiene 34 metros 20 de largo y unos 4 de ancho. En su erección trabajaron cientos de indígenas, demorando unos tres años para construir los muros de adobe de 1m20 de espesor. Su techo plano, está soportado por gruesas vigas de madera y todo el cielorraso se halla decorado por aquéllos, empleando al efecto tintas extraídas de vegetales de la región, los mismos usados para teñir sus policromas vestimentas y cuya duración causa asombro. Empalidecidos por el tiempo, muestran aún sus líneas claras, en ingenuos y trabajados dibujos.

El altar mayor que cubre todo el ancho de la pared, fue esculpido en México en 1780 y exhibe seis grandes tallas de madera, policromadas, columnas, tabernáculo, candelabros, todo realizado por los indios.

Cerca del coro y a ambos lados, se levantan otros dos altares de las mismas características y procedencia. El de la izquierda, contiene las tallas de San Luis, San José y San Buenaventura y el de la derecha, las de San Juan Capistrano, San Antonio y San Francisco Solano.

Por último, como motivos de interés dentro del recinto, es posible admirar la original puertecita de un confesionario y en vitrinas excavadas en las paredes, viejos libros sagrados, incunables, manuscritos relacionados con la vida de la región y la obra realizada por aquellos infatigables misioneros.

Por una puertecita abierta a la derecha, cerca del altar mayor, se sale al jardín, lleno de gracia, de árboles, de estatuas y tumbas. Con el tiempo se convirtió en cementerio que recogió los restos de personas de significación, como Don Francisco de Haro, primer alcalde de San Francisco.

Fray Junípero visitó esta misión en 1777, 1779, 1781 y 1784, administrando confirmaciones en tres oportunidades. La vida del activo religioso que ha dejado un recuerdo de admiración se extinguió en la Misión de Carmelo, luego de haber puesto en funcionamiento 21 misiones, a lo largo de la costa de la Mar del Sur de Balboa, en un trayecto de 960 kilómetros, desde San Diego a Sonoma, al Norte de San Francisco.

Recordándolo, una estatua apoyada sobre tosca columna de piedra, se levanta en ese viejo cementerio adosado a la misión Dolores o de San Francisco de Assis enclavada en el centro de esta ciudad-colmena, puerta abierta hacia el Asia cuyos países por ella han volcado sus lacas, marfiles, sedas y alimentos exóticos que en perfecto inglés venden miles de hombres y mujeres de ojos oblicuos.

H. MARTINEZ MONTERO

San Francisco, California, 1966.

(Especial para EL DIA)



A la izquierda, la fábrica sencilla y maciza de la misión de San Francisco de Assis, que resistió el fuego y el terremoto de 1906. A la derecha, la nueva basílica.

Así, con este último "darle vuelta" a la yerba siempre sabrosa de la historia y el recuerdo, dejamos que comenzara como los cuentos infantiles "había una vez hace muchos años", y que nos deja en las manos una tibieza de nido....

Fernando O. ASSUNCAO

(Especial para EL DIA)

Mirador

★

Por

GERMÁN ARCINIEGAS

★

(Exclusivo para EL DIA)

LA ROCA DE AMERICA. — A cien pasos de las ruinas de Machu Picchu, sobre la cresta del picacho andino, hay un lindo hotel para turistas. Hotel moderno, donde todo es corriente, menos la corriente eléctrica. En la mesita de noche están la vela y los fósforos, y en el hall, donde todo resplandece, esta noticia: "La dirección tiene la pena de comunicar a los huéspedes que a las once de la noche se suspenden los servicios eléctricos". Es natural. A este lugar no se llega ni para leer novelas de policía, ni para desvelarse después de haber subido y bajado como cabras por el laberinto o caracol de escaleras de piedra que en la noche suman kilómetros de experiencias en los visitantes que las repasan. La luz eléctrica sobra en este picacho solitario a donde se llega para ver cómo nacen las auroras y cómo mueren los crepúsculos. Hay quienes vienen desde Suecia o el Japón para contemplar en la mañana las brumas azuladas que, desde el fondo abismal por donde corre y brama el Urubamba, suben y envuelven y cubren y descubren las gargantas o cañones de este escondido tropezón de los Andes.

*

En el gran salón del hotelito, un pintor peruano pintó el mural del fondo. Ilustra los trabajos más rudos de los incas. En un ángulo cualquiera está, ya un tanto desteñida, la fotografía de un joven explorador que aparece delante de su tienda de campaña, parecida a las de cueros que hacían los pieles rojas. Se ve que el hombre es un extranjero enjuto y trabajado, con la blusa un tanto raída, como de boy-scout que ha sufrido desgarraduras en las peñas. En la cara se le ven un poco de fatiga y reservas fabulosas de voluntad. Es Hiram Bingham, de Connecticut, descubridor de Machu Picchu. En tabla de bronce está inscrito su nombre, por los peruanos, a la entrada de la ciudad sagrada. Este arqueólogo improvisado escribió un fascinante relato de su primer viaje, cuando ayudado por indios silenciosos que se comunicaban en quechua trepó por caminos que eran rasguños hechos en las rocas cortadas a pico. Corría el riesgo de caer entre nidos de culebras, o con la amenaza de un cóndor de tres metros de punta a punta de las alas y unas garras que podrían muy bien llevarse por los aires a un modesto boy-scout venido del Norte, donde el águila ya no es sino una ilustración de la moneda. Este Hiram Bingham tuvo que tender puentes de bejuco sobre las aguas rugientes del Urubamba, y pasar por ellos, a gatas, meciéndose sobre la muerte la rústica hamaca. Un compañero, trepando el Huayna Picchu, se resbaló sobre el abismo. Pudo agarrarse a la rama de un arbusto y quedó por unos segundos haciendo el péndulo a mil metros de altura, con el brazo dislocado. Por milagro alcanzó a poner de nuevo el pie en la cornisa de la roca.

Todas estas peripecias hay que recordarlas saliendo al amanecer, o descansando en la tarde, en el mirador que se ha hecho frente al hotel. Consiste en una baranda de palos bien plantados, armada como ceja sobre el abismo. En unas bancas sencillas, los turistas se sientan a apretar el tabaco en el dedal de la pipa. Machu Picchu no es sólo la ciudad de los incas que tenemos al lado, sino el solitario Pan de Azúcar que tenemos al frente, del cual sería un hijo enano, un liliputiense, el de Río Janeiro. Es el peñón que tenemos a la derecha, que reduce el de Gibraltar a un pedrusco. Es la aguja de Huayna Picchu, que a una hora de escaleras sobre Machu Picchu, deja los flamantes rascacielos de los hombres como modestas agujas de costurero de señoras.

*

El paisaje desafió a los incas, y los incas no se dieron por vencidos. Con esa técnica suya que sigue siendo uno de los grandes misterios de la historia, puliendo geométricamente piedras de decenas de toneladas de peso, y ajustándolas como el más grande rompecabezas que hayan resuelto los hombres, apretando piedra contra piedra como no se logra con el mejor cemento, hicieron sobre la cresta de la montaña, templos, casas, el observatorio, altares. Y las arandelas de la ciudad: el juego monumental de las terrazas, en donde pudieron cultivar cuanto consumían las quince mil personas que allí se refugiaban. Castillo para recoger a un pueblo, castillo donde cantaba el agua y se adoraba al sol, Machu Picchu es un mirador desde donde se alcanza a columbrar la América a través, ya no de los altos montes, sino de los pasados siglos.

LA CIUDAD DE PIEDRA Y CIELO. — Machu Picchu está hecho de piedra y cielo. Por las escalinatas talladas en la roca viva, el misterio sume y baja lentamente en nuestros días. Los palacios de Cuzco estaban, por dentro, revestidos de oro, y al aire libre eran los jardines con maizales, flores, llamas, alpacas, pastoras resplandecientes de oro. ¡En Machu Picchu, apenas la caricia del sol sobre las piedras! Machu Picchu resultó la huaca vacía. La roca empinada para ver el sol. Subir al rascacielos de Huayna Picchu es alcanzar el minarete más alto del mundo para ver algo mejor que el dorado de Cuzco: el reloj grande del sol, con sus horas de rosa o de espadas de fuego o de atardeceres en sus carros de fuego que saltan sobre pedregales de abismos.

Se piensa que Huayna Picchu pudiera ser una atalaya para fines militares. ¿Acaso del Amazonas podrían subir ejércitos, que pudiera justificar una fortaleza semejante? ¿Valía la pena pulir y ajustar bloques de piedra de cien toneladas, para tener un mirador desde donde se verían los indios en fila como hormigas prontas a resbalar entre las aguas rugientes del Urubamba? Si Machu Picchu fue un cuartel, ¿dónde están los depósitos de flechas que hayan descubierto los arqueólogos, en su basurero mágico? Cántaros para la chicha se han hallado: chicha destinada seguramente más que a beber por la muerte de los enemigos, a celebrar las fiestas del sol...

*

Todo es vana conjetura, todo es acrobacia de la imaginación. Al visitante de los santuarios precolombinos de América sorprenden las maravillas incaicas en donde jamás existe una estatua de piedra. Lo mismo los aztecas que los mayas, o los de San Agustín en Colombia o los de Tiahuanacu en el lago Titicaca, o los escultores que en el propio Perú grabaron las estelas del Cerro Sechín, dejaron testimonios de su fe tallando las imágenes de sus dioses en piedra. En Machu Picchu no hay ni siquiera la sombra de una rana labrada. El que ha debido ser templo del sol, no es sino una plataforma elíptica de grandes bloques lisos, bien tallados, y sobre ella una piedra desnuda orientada con todo rigor en el sentido de los puntos cardinales. Tiene Machu Picchu una plaza o anfiteatro central, al cual miran lo mismo el templo del sol que las casas de los artesanos o de los amautas — todo es indeciso — y una como plataforma real frente al templo del sol. En el centro de la plaza hay una piedra. En otro caso, sería una estatua. Aquí, es sólo un picacho en bruto.

Hiram Bingham pensó en las Vírgenes del Sol. "Sin duda —dice— esta bellísima y excepcional ciudad perdida ha de tener una historia más que interesante. Escogida quizás hace más de mil años como refugio de los últimos representantes del antiguo reino de los Amautas, se convirtió en la capital de un nuevo reino, para dar nacimiento a la familia reinante más notable de la América del Sur, y fue parcialmente abandonada cuando Cuzco resplandeció de nueva gloria como capital del imperio inca; fue repoblada en un tiempo de decadencia, cuando llegó un nuevo invasor extranjero, venido esta vez del Norte, que estaba animado del deseo de extinguir toda huella de la religión antigua, y pasó a ser finalmente la morada y refugio de las Vírgenes sagradas, cuya institución representa uno de los aspectos más interesantes de la religión más humana y menos sanguinaria de la América pre colombina. Aquí, escondidas en un cañón de grandeza que causa estupor, protegidas de la naturaleza y del hombre, las Vírgenes del Sol, una a una, se extinguieron, sin dejar un solo descendiente que revelase la importancia o explicase el signficado de las ruinas que coronan los abismos sobre los cuales se yergue Machu Picchu".

*

Lo de ciudad, también es misterio. El agua que alcanzaban a contener los depósitos de Machu Picchu apenas alimenta unos juegos que por pequeños canales y diminutas albercas sonarían con el gorgeo de un pájaro. Si trayendo de las profundidades, en cántaros, el agua, pudieron vivir como se ha pensado, en ciertas épocas, quince mil personas, sería milagro. En perchas de piedra, dentro de nichos, las tinajas o ánforas en que se guardaba la chicha, eran como vasijas sagradas. Lo grandioso eran las terrazas o andenes que forman la gran falda del extraño monumento. Son terrazas de varios metros de anchura, en donde crecían el maíz y la papa. Si hoy se sembraran flores, Machu Picchu sería el jardín más bello del mundo.

NOCTURNO EN CUZCO. — Esta plaza de Cuzco es la plaza de la América del Sur y plaza de dos mundos. Es la plaza de los indios y la plaza de los blancos. Hasta este lugar descendieron en tiempos remotos los peregrinos que venían de Tiahunaco, en busca de un lugar en que la entraña de la tierra fuera blanda y buena para que germinaran las semillas. La plaza, antes de llegar los españoles, era el centro de la ciudad capital única de la América meridional. Fue el campo de gloria, — Huacaypata —. Aquí se celebraron las más esplendorosas fiestas hace cinco siglos. Hoy, siendo tan majestuosa, aparece encogida. La de los incas tuvo doscientos cincuenta metros por cada costado; la de hoy no llega a la mitad. En otro tiempo, vecinos a la plaza estaban el palacio de oro — Cori Cancha — y el campo del sol — Inti Pampa —. Las momias de los incas, sentadas en tronos de oro, vestidas como no se vistieron los reyes asirios, llevaban hasta más allá de las fronteras de la muerte el esplendor del imperio del sol. Los retablos de hoy, las custodias, los vasos sagrados, son apenas reflejo de la antigua grandeza. Cuando, al caer de la noche, cruzo la plaza, me asalta la memoria de los jardines de oro en que se reprodujeron en su propio tamaño, las plantas y las flores, por los más fabulosos orfebres de los tiempos pre colombinos. Encuentro, por este recuerdo, más oscuros los altos montes cuyas moles violetas se alzan hasta donde se desnudan las estrellas.

*

En esta plaza nocturna, resuena el fierro de los conquistadores, se escuchan las espadas golpeando en las armaduras de los bárbaros. Se oye el galope de Almagro cuando cayó sobre los Pizarros, y se mancharon de sangre española las piedras. Entonces prendió la hoguera de la primera gran guerra civil de la América española. Y se espantó un niño de una casa vecina: el inca Garcilaso de la Vega. Al fondo, está la catedral. A través de los siglos, salida de la colonia, nos llega la voz de un indio ilustrado y gongorista, que llevaba un lunar en la frente — el Lunarejo —. Predicando una vez el Lunarejo delante del conde de Lemos, con la iglesia cuajada de gentes, vio que una pobre india forcejeaba por avanzar en busca de un puesto. Se empeñaba en escucharlo. Suspendió el sermón, y dijo: "Señores: den lugar a esa pobre india, que es mi madre".

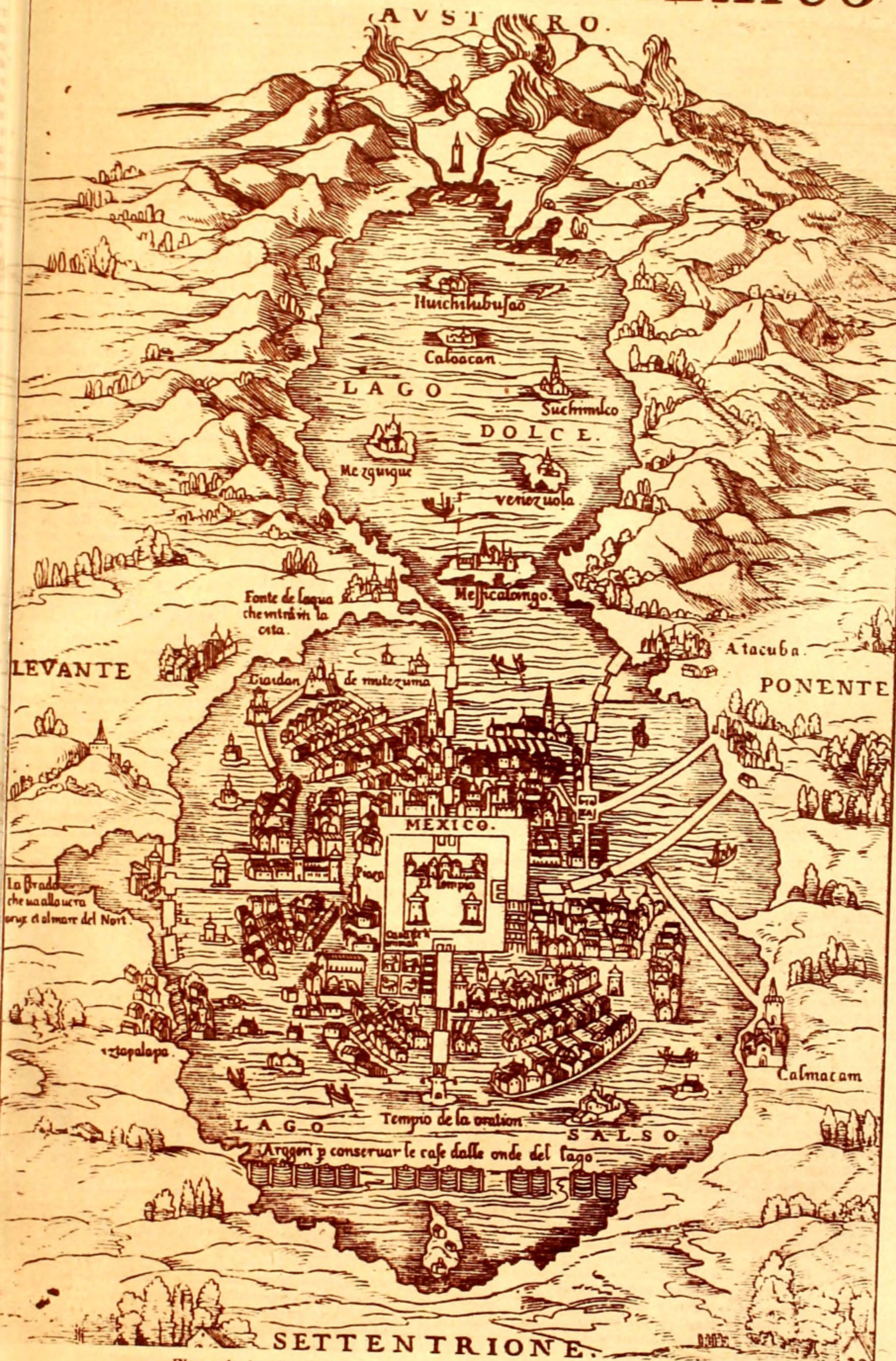
*

Sombras grandes hay en esta plaza, pero la que todo lo ensombrece es la que está más vecina de la alborada de la independencia. Es la de Tupac Amaru. Aquí fue descuartizado con su mujer y sus hijos: aquí, vuelto miseria, después de haber surgido como el caudillo que con cuarenta mil indios puso a temblar las bases del imperio español en nuestra América. A pocos pasos de donde me encuentro, estaba la cárcel. Allá cerró el interrogatorio de sus verdugos el héroe de los indios, encarándose al visitador Areche, que ya tenía lista la gran tarima con diez horcas por cada lado: "Aquí no hay — dijo Tupac Amaru — más cómplices que tú y yo: tú por opresor, y yo por libertador, merecemos la muerte". La escena del suplicio la pintó con toda precisión Daniel Balcárcel, el más reciente biógrafo de Tupac Amaru: "A viva fuerza le abrieron la boca y le cortaron la lengua. Arrojado al suelo, se le colocó con la cara hacia el firmamento. Cuatro caballos, cabalgados por mestizos, fueron acercados. Sendos lazos sujetaron los extremos del reo a las cinchas. Terminados los preparativos, oyóse una señal. Los jinetes partieron hacia los cuatro puntos cardinales; "espectáculo que jamás se había visto en esta ciudad". Pero no pudieron avanzar más allá de la minúscula extensión de los lazos, porque la fortaleza física del condenado resistió victoriosamente el sacrílego intento de fragmentarlo. Por breves momentos Tupac Amaru se debatió en el aire, remedando una gigantesca araña...".

En el centro de la plaza se alza hoy una fuente que no se sabe si es de latón o de cemento, con colorines de loro. A gritos pide la justicia que se quite esa fuente, y se levante en cambio la estatua de Tupac Amaru, Cuahtemoc del Sur, proto mártir de la independencia. — (ALA).

Cuzco, Perú.

IMAGENES DE MEXICO



Plano de la ciudad de México en los primeros tiempos coloniales.

POCOS países del universo poseen la riqueza y variedad de bellezas naturales y arquitectónicas de México: su territorio hermana la opulencia tropical de las costas a la majestad severa de los picachos, algunos canosos de nieve y en sus ciudades y en sus campos puede admirarse tanto la simbología augusta de los pueblos precortesianos —especialmente en Uxmal y Chichen-Itzá, donde el maya dejó su evocación— como las diversas modalidades de la arquitectura colonial, en templos numerosísimos. A fines del siglo pasado, la capital adaptó las características de la urbanización parisiense, hoy día suplantadas por el funcionalismo y la síntesis del rascacielo. Pero, sobre todas las cosas, sobre esa diversidad de aspectos, la república mexicana tiene un algo imponderable, personalísimo, inolvidable, un algo tan propio, tan inconfundible que es como el abrazo, la fusión de todos esos elementos dispares que el tiempo ha ido eslabonando. Volcanes y palacios, rosas y cactus, culturas indígenas y tallas hispanas, murales revolucionarios y centros culturales que crecen día a día: México es un país de arte tanto como lo es de magníficos escenarios naturales.

Como muy bien ha dicho José Moreno Villa, las "juguetonas industrias populares mexicanas son un mundo lleno de ternura infantil". En un sabroso libro titulado "Cornucopia de México" el escritor español evoca esas figurillas de cristal soplado, pequeñísimas, en las que comprende que en ese amor por la menudencia, por el "preciosismo meticuloso, detallístico" hay mucho de asiático. Describe luego la máscara de ónix, los mosaicos multicolores, los tejidos de fibra, los cofres pintados, los sarapes flameantes, la orfebrería y las jícaras de laca. Aquí evocamos a Gabriela Mistral quien en su primer viaje a tierra mexicana escribió una intensa página acerca de las jícaras de Uruapan, elogiando la noble armonía de sus matices, sobre todo cuando el fondo de la jícara es negro. A su vez, Moreno Villa declara certeramente que toda esa industria popular no le inspira otra idea que la del juego: la de jugar haciéndola, la de jugar al admirarla.

Más adelante, el escritor hispano busca el contraste: a esa pequeña industria sobrepone la grandiosidad del Popocatepetl y del Ixtazihutal, los dos volcanes que custodian la ciudad de México. Los mira como dos inmensos navíos en una gran laguna desaparecida. Luego cambia la imagen: como ambos volcanes están muy a menudo esfumados entre las nubes y como sus cumbres están nevadas durante casi todo el año, los ve como envueltos en sarapes, en esos bellos rebozos corrientes en un gran sector del pueblo mexicano. Otras veces, como le recuerdan algún grabado japonés —¿Hokusai?— el escritor se pone a pensar en las posibles raíces asiáticas del indio mexicano. Se asocia a este pensamiento su contemplación de los rostros de los indios y mestizos que pasan por las calles. Y ya en este terreno popular, habla de su cortesía, para lo cual no sólo evoca algunos letreros de los comercios —"Evíteme la molestia de decirle que no", por ejemplo— sino también los espectáculos folklóricos: "Las mañanitas", por ejemplo, esas canciones acompañadas de orquesta con que se saluda y homenajea a personas en el día de su cumpleaños; o bien las serenatas amorosas en balcones y ventanas, todo ello un tanto anacrónico, es cierto, pero siempre tan bello. El avance urbanístico ha ido repeliendo la costumbre de homenajear con "mañanitas", con "gallos", con "posadas", que se van refugiando en pequeñas poblaciones del interior. Moreno Villa les reconoce —y con razón— raíz hispánica, pero no creemos que tenga tanta razón al afirmar que esas costumbres son "como los castillos, como las pelucas blancas, los guardainfantes y las iglesias románicas", pues creemos que en las cosas añejas, como en todo, es preciso saber discernir. También, por ejemplo, la urbanización standart, el avance del progreso no condice con la costumbre de "piñatas" navideñas. Y, sin embargo, nadie será tan ciego como para negar su hechizo, el sortilegio de su gracia. Estas reuniones tienen, a nuestro parecer —y dentro de su inevitable carácter tradicional— esa misma fineza que Moreno descubre, por ejemplo, en ciertas expresiones de la arquitectura colonial, en la que halla, "flotando en los rizos de la piedra, una ligera sonrisa que es también educación". Y, regresando mucho, en el vaivén del tiempo, retornando a épocas perdidas en brumas inexcrutables, el viajero evoca asimismo a Xochipilli, *príncipe de las flores*, asimismo imagen del verano. Según el escritor, los mexicanos no han demostrado todavía su debida gratitud a ese dios, porque opina que "no hay sitio en el mundo donde el verano tan suave, tan fresco, tan delicioso como en la capital de México" (podemos agregar, por nuestra cuenta, que los venezolanos acostumbran afirmar —y quizá con razón— igual elogio, aplicándolo a Caracas, a la que designan como ciudad de aire refrigerado).

Es sobre todo en sus impresiones provincianas donde el viajero hispano ha logrado más color. Y ello se explica, pues si bien la capital defiende con uñas y dientes su tipismo frente al avance de la urbanización descaracterizada, es ésta, al final, la que triunfa.

En la isla de Janitzio, en el lago de Pátzcuaro, escucha canciones tarascas en labios infantiles. Si es fatal que frente a las pirámides de Tenayuca y de Teotihuacán evoque las de Egipto y de la India, resulta en cambio original cuando en Cholula, ciudad pletórica de iglesias, se pregunta si hay tantas porque la población fue antes mucho mayor, o porque cada iglesia ofrecía algún espectáculo distinto, especial, o porque las familias fundaban su templo propio en su finca, o porque lo fundaba cada orden religiosa. Camino de la costa tropical, describe los hitos que van de Puebla a Veracruz, toda esa ruta de hechicería y muy especialmente Fortín de las Flores, para llegar al puerto y aspirar con fruición el aire marino, oyendo las canciones interminables. No son, sin embargo, elogios: censura, por ejemplo, una monstruosa fuente de cemento en Jalapa. Y es que estos apuntes del viajero hispano no están, además desprovistos de sutil ironía: por ejemplo, no se olvida de distinguir, en las canciones, lo auténticamente popular y lo frívolo y meloso (aunque no lo dice, es evidente que en este último sector ubica al bolero). Y, en otra parte, reconoce que no habla de ríos, porque "sigo creyendo no haber visto ninguno" (es decir, reconoce la escasez de ríos, que fue y aún sigue siendo uno de los problemas de la bella y progresista tierra mexicana).

Gastón **FIGUEIRA**

(Especial para EL DIA)

El Mundo en el LIBRO

Por WRIOTHESLEY



EL TOTORAL — por *Serafín J. García. Ed. Mosca Hnos., Montevideo. 1966. 173 págs.*

Un libro sabroso, fragante a frutos nativos y flores silvestres, con el agridulce encanto de los frutos de nuestra tierra, es éste que nos brinda Serafín J. García, en estampas evocadoras que tienen el secreto embrujo que consigue el poeta genuino cuando explora la cantera inagotable de la infancia. A la evocación se mezcla la leyenda nativa, llena de gracia elemental, el recuerdo de los animalitos amigos, de las plantas chúcaras, de las faenas campesinas. Algo de fábula criolla hay en cada añoranza. Y un buen caudal de poesía fluye por sus páginas.

NOVELAS — por *Angel María de Lera. Ed. Aguilar, Madrid, 1966. Prólogo de Luis Escobar Bareño. 1207 págs.*

ANGEL MARIA DE LERA
NOVELAS
Prólogo por LUIS ESCOBAR BAREÑO
AGUILAR

"Los olvidados", "Los clarines del miedo", "La boda", "Bochorno" y "Trampa", son los títulos de las cinco recias novelas que abarca el volumen. Lera es un vigoroso prosista, que lleva a las páginas de sus novelas, la violencia, la dureza y la amargura experimentadas en su propia vida. De ahí el tono verídico, el realismo viril, que trasuntan sus obras. Joven, hombre de este siglo, vibra en él un rudo trasfondo campesino, y ha ganado fama en tiempo relativamente corto. No se busquen en él primores artísticos, paladeos de imágenes líricas. Pero sí trozos palpitantes de vida, sangre, dolor y muerte. Un hálito trágico realza los perfiles de sus protagonistas, en quienes subraya las indecisiones íntimas, las dudas angustiosas, la convicción pesimista de la muerte como única salida. Pinta magistralmente el ambiente pueblerino, los dramas oscuros y sórdidos de sus habitantes, las pequeñas miserias de cada día, el naufragio de las ilusiones. No hay propósito destructivo en el autor. Simplemente, señala la costumbre de derrota que aqueja al ser común. El estilo es másculo, expresivo, chorreando vitalidad. Se palpa la entraña herida del hombre. Personalmente, preferimos "Los clarines del miedo", y "La boda", tensas y dramáticas.



LOS REINOS AMERICANOS DEL SOL — por Victor W. von Hagen. Editorial Labor, S. A., Barcelona, 1964. 348 págs., 317 ilustraciones en huecograbado y 16 láminas en color.

La traducción castellana del afamado libro del gran arqueólogo alemán, se brinda enriquecida por la excepcional calidad del material ilustrativo que la acompaña. Aztecas, mayas e incas son los tres grandes núcleos culturales que abarca la obra. El estudio particularizado de cada uno de esos tres pueblos de la antigua América, arroja un positivo conjunto de síntesis de los aportes civilizadores, los modos de vida, la economía, la organización de gobierno, el régimen político, los ritos religiosos, las superticiones y las leyendas que envolvieron al hombre americano mucho antes de que llegaran los Conquistadores. La presentación del volumen constituye un atractivo más para recomendar el libro.



ENIGMA PARA DIVORCIADAS — por Patrick Quentin. Emecé Editores, Bs. As., 1966. 3ª edición. 226 págs.

El género policial tiene en Quentin (seudónimo común de Richard W. Webb y Hugh C. Wheeler) un excelente representante, y la tercera edición de esta novela traduce la acogida que ha tenido por parte de los lectores. Bien llevado el suspenso, enmarcado en un clima de movido humorismo, no decepciona. ¿Quién es el criminal? Bueno: leed el libro.



LIBROS Y PUBLICACIONES RECIBIDOS

ABSALON DEBE MORIR — por Antonio de Undurraga. Ed. Secia, Panamá, 1966. 166 págs. Novela.

HOMBRES DE MAIZ — por Miguel Angel Asturias. Ed. Losada, Bs. As., 4ª edi., 1966. 279 págs.

EL MOTIN — por J. C. Gómez Brown. Ed. del autor, Montevideo, 1966. 130 págs. Novela.

PALABRA FUGITIVA — *por Yolanda Westphalen. Miraflores, Lima, 1964. 76 págs.*

La poesía de esta peruana se singulariza por un tono desasido, intenso, subjetivo, impregnado de nostalgia, fuga interior, y una finura musical leve y armoniosa. La presencia del agua, del mar, la lluvia, llena de encanto y ecos y movimientos cambiantes estos poemas delicados, que se mantienen dentro de un suave medio tono, en plenitud de equilibrio y ceñido buen gusto.



IVERNA CODINA
LA ENLUTADA
LOSADA

LA ENLUTADA — por Iverna Codina. Ed. Losada, Bs. As., 1966. 142 págs.

Trece cuentos integran el volumen, unificados por una temática que se inspira en esas vidas dispersas por la zona cordillerana, existencias oscuras, humildes, sórdidas, sin otra ley que la propia, movidas por temores o supersticiones que nacen del medio geográfico lleno de misterio que emana de la presencia sobrecogedora de la montaña. La autora, nacida en Chile pero residente desde niña en Mendoza, conoce bien el ambiente dentro del cual ubica a sus personajes. El estilo es directo, sin artificios literarios, y abunda en coloridos modismos chilenos.

EL CANTO INUTIL

Adiós almendra, adiós espejo, adiós
amanecer de aljabas y cristales;
adiós absorta luna de los sueños,
penacho azul de los cañaverales,
compañía de alondras, rubio río,
uva, laurel, esencias musicales.

Me llega el sub-sonido del sollozo
y el sordo sub-latido de la queja;
el mundo se oscurece y apercibo
apenas un suspiro que se aleja.
Ya sé cómo es que llora y gime el hombre
y se convierte en polvo gris la abeja.

Ha llegado la hora del recuento.
triste mujer del canto,
del canto de cigarra sobre el júbilo
del jardín con las rosas del encanto,
mientras iba creciendo, lento, en torno,
el espinoso ramo del acanto.

Ahora, ¿qué hacer, caídos los dos brazos,
rodeada de crepúsculo y de bruma,
extraviada en la ruta sin el vivo
redoble del alisio entre la espuma,
sin brújula, perdida y solitaria,
con el vacío verso que me abruma?

¿Qué descanso le aguarda a mi cabeza,
qué mano con mi mano ha de encontrarse,
para huir hacia el Sol por nueva senda
y bajo un nuevo cielo recobrarse,
en la bondad inútil e inocente
del que no supo, en tiempos ricos, darse?

Ay mi hermana cigarra desvalida,
la del llanto del hambre en el invierno,
la de la casa a campo raso, fría,
la de sin posesión ni en el infierno:
calla, que acaso nos sonría indulgente
la piedad misteriosa de lo eterno.

JUANA DE IBARBOUROU

Tarzan M.R.

POR EDGAR RICE BURROUGHS®

















tiempo de REBAJAS... tiempo de Soler !



en AGUADA - CENTRO - CORDON - UNION - LAS PIEDRAS



